

Margaret, ¿sientes congoja
ante Goldengrove ya sin hojas?
La caída, ese asunto humano,
¿con tu juventud, te atañe, acaso?
¡Ah!, el corazón al envejecer,
tales cosas no teme ver.
Con el tiempo, ni un sollozo
por la pálida fronda sin embozo,
pues con el saber cesa el llorar.
Nombre aún no has de dar,
al manantial del pesar.
Ni boca ni mente
sienten ni presienten.
Es nuestra terrena lástima.
Por ti, Margaret, son las lágrimas.

GERARD MANLEY HOPKINS,
«La primavera y el otoño de una niña»



1

Vivíamos a orillas del lago Mirror, y durante años nuestra vida fue tan plácida y transparente como sus aguas. Nuestra casona se amoldaba a la curva de la ribera, por segmentos, como un tren, con habitaciones y porches añadidos uno a uno, década tras década.

Cuando pienso en aquella época, nos veo a los cuatro vadeando los bajíos, admirando nuestro reflejo en el lago cristalino y sereno. Entonces algo –un guijarro, una gota de lluvia– quiebra la superficie y hace añicos el espejo. Una onda llega a la lejana orilla. Nuestros años de mala suerte han comenzado.

Eso es lo que habría pensado Margaret. Mi hermana era la poeta de la familia.

Yo era Doña-Primero-Una-Cosa-Y-Luego-La-Otra. Y es precisamente así como recuerdo lo que pasó.

Pero no fue así. Primero pasó una cosa y luego todo lo demás, como un dominó que cae desencadenando un derrumbe que serpentea hacia el horizonte y se desborda hacia el futuro.

Si todos los relojes y calendarios desaparecieran, los niños aún sabrían cuándo es domingo. Aún notarían ese vacío

irrespirable que se crea cuando el tiempo se oculta tras una cortina, cuando los minutos interrumpen su ordenado tic-tac y se van por el desagüe, uno a uno. Los colores se opacan tras una terca bruma gelatinosa que desdibuja el paisaje. El teléfono no suena y el mundo se esconde, conspirando para fingir que la gente está ocupada haciendo galletas o viendo el partido en la tele. Entonces llega el lunes y el reconfortante ajeteo vuelve a empezar.

Ya antes del día aquel, el domingo siempre se me hacía largo. No es que me gustara demasiado el colegio, pero los fines de semana eran eternos. La soledad, las horas que había que llenar con libros, los deberes, el ordenador y ver películas antiguas con mi hermana, cuando a ella le apetecía. El silencio, y los sonidos de nuestra casa junto al lago. Mi madre tocando el piano y la máquina de escribir –una Selectric prehistórica– de mi padre.

Ese domingo, ese primer domingo de mayo, hacía tanto calor que me entraron dudas: ¿Sencillamente era un día maravilloso, o sería un síntoma del calentamiento global? Hasta los árboles parecían incómodos, desnudos y abochornados, como si estuvieran soñando todos a la vez aquel sueño en el que bajas la mirada y descubres que estás desnudo.

Como dos Cleopatras en su barcaza real, mi hermana y yo nos recostamos, dejando que el barquito vagara lago adentro. Margaret arqueó los hombros, estiró un brazo y deslizó las puntas de los dedos sobre el agua. Era uno de esos gestos de actriz que copiaba de las películas en blanco y negro a las que era adicta. Le gustaba verlas conmigo y nos dejaban quedarnos hasta las tantas, porque nuestra madre decía que íbamos a aprender más viendo *Con faldas y a lo loco*

que en todo un curso de clase. No estaba muy claro a qué se refería exactamente, pero aprendimos a aletear las pestañas y decir: «¿Qué hace una chica en estos casos?», con una voccecita de niña pequeña sin aliento.

Una cosa que teníamos en común Margaret y yo era que se nos daban bien las imitaciones. Nos sabíamos escenas enteras de memoria, como el final de *Los locos del aire*, cuando el Gordo muere en un accidente de avión y se reencarna en forma de caballo con un bigote negro y un bombín. El Flaco se alegra tanto de verlo que le lanza los brazos al cuello, bueno, al caballo poseído por el espíritu gruñón del Gordo.

A veces Margaret hacía un gesto o decía una frase y me preguntaba de qué película era. Su risa plateada era mi premio por acertarlo. La única escena en un barco de remos que me sabía era esa en la que Montgomery Clift tira a Shelley Winters al agua de un empujón. Y estaba bastante segura de que no era eso lo que estaba haciendo mi hermana.

Margaret dijo:

–Esto es celestial.

Me habría encantado ser como ella en vez de una de esas personas que dicen: «¿No te preocupa que se puedan derretir los polos?».

–Tía gruñona –dijo Margaret–. Tómalo con calma. Es domingo, Nico. Cógete el día libre.

Entornando los ojos soltó los aros de humo hacia arriba, para que rodearan el sol como auras brumosas.

Margaret había prometido a nuestros padres que no iba a fumar. Los padres de mamá y el padre de papá murieron todos jóvenes de enfermedades relacionadas con el tabaco. Nuestros padres habían fumado los dos. Sus amigos empe-

zaron a morir. El arma recién incorporada a su arsenal de la Guerra contra el Tabaco era la mala noticia que nos habían dado en otoño: Margaret tenía una afección cardíaca. Era leve, pero a mí me preocupaba.

Se había desmayado la primera y última vez que mamá nos convenció de que hiciéramos yoga con ella. Aún tengo la foto que nos tomó mi padre ese día en el césped, las tres haciendo el perro boca abajo o alguna otra de esas posturas humillantes que nuestra madre había decidido que le venían bien para la artritis. Margaret, mamá y yo estamos agachadas con la cabeza casi tocando el suelo, como esas serpientes que, según me contó Margaret, se muerden la cola y salen rodando para cazar niños a los que se tragan enteros. Las piernas, que las tres tenemos separadas para mantener el equilibrio, ocupan la mayor parte de la foto, como unos aros de croquet colocados en orden descendente. Lo que no se ve en la foto es que, segundos después de hacerla, Margaret se desplomó sobre un montón de hojas secas. Al principio creímos que lo hacía en broma.

Nuestro pediatra, el doctor Viscott, la examinó y decidió que Margaret debería comer bien, hacer ejercicio y no fumar. Ese tartamudeo en su cardiografía era algo que había que vigilar.

Margaret sabía que podía fumar estando conmigo. Fumar no era, ni mucho menos, el secreto más importante que me había confiado.

Desde el otro lado del lago oímos a mi madre practicando ese sobrecogedor vals de Chopin que siempre me lleva a pensar en un baile de fantasmas. Mi madre no hacía más que equivocarse y volver a empezar. Como siempre quiso ser

pianista, estudió música, pero cambió de planes al conocer a papá y los dos se escaparon juntos y se hicieron *hippies*. Una vez Margaret encontró una foto de ellos recogiendo soja en una comuna del norte de California. Pelo largo, vaqueros con tirantes, pañuelos tipo bandana, papá con barba de Jesucristo.

Durante años, nuestra madre tuvo un trabajo que consistía en escribir textos para CD de música clásica. Ahora le habían salido unos bultos en los dedos, pero seguía intentando aprenderse cualquier pieza de piano sobre la que le tocara escribir.

—¿Te cuento una cosa rara? —dije—. Cada vez que haces un aro de humo, mamá se equivoca de nota. Puede que sea verdad que tiene telepatía.

—O puede que la tenga yo —dijo Margaret.

Nuestra madre presumía mucho de su capacidad para leer el pensamiento. Creo que quería asustarnos con la idea de que no hiciéramos nada de lo que nos tenía prohibido. Le gustaba decir que si sus antepasados la hubiesen conocido, la habrían quemado en la hoguera. Nuestros padres eran los hijos únicos rebeldes de sus correspondientes familias rancias de Nueva Inglaterra, así que evidentemente los dos se tomaron muy en serio todo ese rollo del pacifismo y el amor universal, aunque cuando ellos se apuntaron, el movimiento *hippy* ya casi se había acabado. Creían que el mundo entero se iba a convertir en una granja orgánica, y al ver que no, tuvieron que largarse con lo puesto.

Nuestra casa era donde veraneaban los padres de mamá. Ella la heredó al morir su padre, justo antes de que naciera Margaret. En el cuarto de baño de arriba había retratos de

unas familias puritanas. A mamá le hizo gracia colgarlos ahí, pero por culpa de esos rostros ceñudos tardé bastante en pasar del orinal al cuarto de baño, hasta que mi padre cayó en la cuenta y dio la vuelta a los retratos durante una temporada.

–Hay muchas cosas que mamá no sabe –dijo Margaret, dejando caer otro aro de humo de sus labios–. Venga, ¿quién soy, Nico?

–¿La oruga de *Alicia en el país de las maravillas*?

–Excelente –dijo Margaret.

Me quedé esperando a oír el estruendo que llegó cuando mamá se equivocó tantas veces que aporreó las teclas con el puño. Entonces se hizo un denso silencio, un vacío que anticipé relleno del traqueteo de la máquina de escribir eléctrica de papá.

Era lamentable que la era informática hubiera prescindido por completo de nuestro padre. Ni siquiera sabía pasar la tarjeta por la banda magnética para pagar en el supermercado. Éramos Margaret y yo las que nos encargábamos de hacerlo, mientras las cajeras nos sonreían con amabilidad, pensando que si estuviéramos muertas quizá pudieran ser la esposa, novia o hija de nuestro guapo padre. Curiosamente, esa torpeza paterna no estaba entre los rasgos que Margaret, la gran adoradora de todo lo antiguo –cine, música de jazz, postales de época, ropa de segunda mano–, heredó de él. Ella decía que había nacido demasiado tarde, y la verdad es que era un poco raro vivir en el siglo XXI y pasarse la vida pensando en las décadas de 1930, 1940 y 1950.

En nuestra familia, todo estaba muy compartimentado. Margaret y mamá eran las del talento musical. Margaret y

papá eran los guapos. Margaret y yo éramos las imitadoras. Papá y yo éramos los racionales. Yo sacaba dieces en matemáticas. Me gustaba saber por qué pasaban las cosas y el orden en que pasaban. Mis profesores decían que podía llegar a ser científica de mayor. Al menos eso decía la prueba de aptitud que me hicieron pasar cuando estaba en sexto. Era cierto que en Internet me gustaba seguir los vínculos que iban desde la biología marina hasta el desastre ecológico.

Nadie sugirió nunca que Margaret hiciera una prueba de aptitud. Todo el mundo sabía que iba a ser cantante. Mi padre siempre decía que él y yo queríamos saber qué había detrás de las cosas, pero que a mi madre y a Margaret sólo les importaba cómo sonaban.

Goldengrove, la tienda de libros de papá, estaba en la esquina de Main con West. Sus clientas lo adoraban y compraban todo lo que él les sugería. La verdadera ambición de mi padre era escribir. Desde que yo tenía memoria, se había pasado hasta las tantas entre semana y todos los domingos trabajando en un libro sobre cómo la gente de distintas culturas y épocas se imaginaba el fin del mundo. Decía que se iba a llamar *Escatología para Dummies*

El agua besaba los costados del barco.

–Cántame algo –le dije a Margaret.

En otoño se iba a Oberlin con una beca de música.

–¿Qué te canto? –me preguntó, como si no lo supiera.

En la función del instituto había cantado «Mi graciosa Valentine». La había cantado despacio, con una voz ahumada, grave. La gente se había puesto de pie para aplaudirla. Mamá fue la primera en levantarse del asiento y la última en dejar

de aplaudir, aunque odiaba la canción y había hecho una fervorosa campaña en contra.

–¿Por qué tiene que ser ésa? –preguntó mamá a Margaret–. Hay muchísimas canciones bonitas. Canta «Little Girl Blue» si de verdad quieres dejar a todo el mundo hecho una mierda, cariño. Pero... ¿«Mi graciosa Valentine»? Un gilipollas condescendiente diciéndole a la pobre patito feo que no le importa si tiene la boca un poco floja. *Risible. No fotografiable.* ¿Y eso de que le está haciendo un *favor*, aunque ella no sea *como una estatua*?

–¿Qué quiere decir eso? –pregunté yo.

–Que la chica tiene un cuerpo –dijo mamá–. Un cuerpo femenino normal.

Margaret dijo:

–Es una canción de amor, ¿sabes? No es lo que yo pienso del amor. Ni lo que piensas tú, mamá. Es lo que una persona concreta cree que es el amor.

–¿Una persona? –dijo mamá–. Un tío. No te confundas.

A mí me daba igual que a mamá no le gustara la canción. Para mí era una promesa. Un día vendría un chico y me queiría por mí misma, aunque no fuese fotografiable, o pesase unos kilos de más. Ser el amor risible de alguien era mejor que no ser el de nadie, con o sin risas.

Margaret se bajó las tiras del traje de baño para irse poniendo morena antes que nadie. Yo llevaba uno de esos bañadores enteros que las revistas llaman adelgazante. Tiré del elástico hacia arriba, enseñando unos muslos blancos y llenos de lunares.

–¿Estoy gorda? –le pregunté a Margaret–. Dímelo.

–Estás perfecta, Nico.